



INTRODUCCIÓN

En el último Congreso Internacional de Americanistas, celebrado el año pasado en Costa Rica, el doctor Manuel Ballesteros Gaibrois, de la Universidad de Madrid, dio a conocer un trabajo comunicando “la aparición de unos nuevos papeles . . . de propiedad particular” referentes a las ruinas arqueológicas de Palenque y al origen de las viejas culturas americanas.

El primero de estos documentos es una hoja suelta que en realidad no constituye ninguna novedad puesto que se trata, como en sus notas lo aclara Ballesteros, de la reproducción de la primera página de la obra de Ordóñez y Aguiar Historia de la creación del cielo y de la tierra conforme al sistema de la gentilidad mexicana, publicada en México en 1907.

Los demás documentos, tres cartas hasta ahora inéditas, aparecieron junto con el anterior en la colección particular de don José Luis de Arrese, presidente de la Sociedad de Antropología, Etnografía y Prehistoria de Madrid. Se trata de una carta del padre dominico maestro Roca a don José Miguel de San Juan, fechada en noviembre 27 de 1792, y de dos cartas de este último al coronel Felipe de Sesma, escritas el 2 de diciembre de 1792 y el 2 de enero de 1793, respectivamente.

Ahora bien, los documentos que Ballesteros tuvo a la vista en Madrid deben ser copias tardías de originales de las que copias más antiguas se encuentran en la biblioteca del Museo Británico junto con el informe de Antonio del Río y otros papeles relativos al descubrimiento de Palenque (Manuscrito número 17571).

Que los papeles estudiados por Ballesteros son posteriores a los del Museo Británico, que ya conocíamos, se desprende de la transcripción que hizo aquel “conservando su ortografía, sus fáciles abreviaturas y la longitud de sus líneas”. En efecto, al comparar los textos



se observan modificaciones y abreviaturas modernas en la versión de Ballesteros, tales como “José, Esteban, muy, soy, cuya, Sr. D.”, en vez de “Joseph, Esthevan, mui, soi, cuia, S^{or} D^o”.

Por supuesto, el hecho de que los documentos del Museo Británico ya se conocían, no les resta interés, y es importante publicar los hasta ahora inéditos. Su contenido nos confirma el asombro que suscitó en el reducido medio cultural de Guatemala de fines del siglo XVIII el descubrimiento de las ruinas de Palenque, sitio que dependía de la Real Audiencia de Guatemala. Nos recuerda además algunas de las disparatadas teorías que los eruditos de entonces lucubrarón para explicar la existencia de monumentos tan importantes y obras de arte tan notables que no podían atribuirse a los infelices indios, ya que “son fábricas de mucha solidez, de mucho arte, y que manifiestan peinar muchas más canas que la situación de estos que llamamos naturales en estas tierras”.

Es interesante la información de que la preocupación causada por el hallazgo en Palenque de vestigios de una alta civilización, haya conducido a la creación de una tertulia o academia científico-literaria (mucho más literaria que científica) en cuyo seno se discutían los problemas planteados por el descubrimiento de las antiguas culturas americanas. Figuras de relieve en dicha academia eran los firmantes de las cartas que presentó Ballesteros: don José Miguel de San Juan y fray Tomás Luis de Roca, padre provincial del orden de Santo Domingo, quien no es nombre nuevo en la investigación de las antigüedades mayas, como dice Ballesteros, ya que el presidente y capitán general de Guatemala, don José Estachería, lo cita en su carta de febrero 13 de 1785 dirigida a don José de Gálvez como una de las personas que le informaron del descubrimiento de Palenque; así como otros personajes bien conocidos, tales como don Pablo Félix Cabrera, quien publicó en 1822 una versión inglesa del informe de Antonio del Río, y principalmente el canónigo Ramón Ordóñez y Aguiar, el primero en dar oficialmente a conocer el descubrimiento de Palenque (1784).

Las lucubraciones que surgían de esta tertulia sobre el origen de las culturas americanas, no se discuten ya desde que los problemas de la arqueología empezaron a tratarse en forma científica, pero no deja de ser interesante y conmovedor el esfuerzo de aquellos hombres cultos para acomodar a las civilizaciones del Nuevo Mundo, de las que Palenque les había revelado un aspecto brillante que los des-



concertó, en su visión de la antigüedad del Viejo Mundo, a la luz de la mitología griega y de los relatos bíblicos.

Los documentos a que se refiere Ballesteros no suministran datos nuevos sobre la civilización palencana, pese a la descripción novedosa de algunos de sus monumentos. Es curioso por ejemplo que lo que llamamos actualmente El Palacio aparezca descrito por José Miguel de San Juan en forma diferente al informe de Antonio del Río, cuando dicho informe le sirvió de fuente, según él mismo afirma. El majestuoso conjunto arquitectónico es presentado como un “Faro de 22 órdenes de columnas” en el que podría suponerse que la torre fuera la linterna, pero que considera haber sido el sepulcro de los reyes. En cuanto a la sala de 60 varas de largo conteniendo mesas o camas de piedra que explorara el teniente general de la Alcaldía de Ciudad Real, don Esteban Gutiérrez, con “un temor pánico” pese a ser “mozo de valor” y “sin embargo de no haber conocido jamás el miedo”, se trata sin lugar a duda de una de las galerías que llamamos ahora “Los Subterráneos” anexas en la parte sur del Palacio. La exploración realizada por el joven Gutiérrez, previa abertura de un agujero en la bóveda, nos explica la presencia de un enorme boquete en un techo que el tiempo no habría deteriorado y que probablemente se hubiera conservado intacto sin esa excavación, que por otra parte se nos antoja inútil ya que podía accederse a la galería mediante varias escaleras interiores que comunican con el Palacio.

Es difícil imaginarse lo que pudo ser la “medalla que fue hallada en una barranca”, que motivó la segunda carta de José Miguel de San Juan, y de la que desgraciadamente no se ha conservado la “estampa” que acompañaba su descripción. Más que un medallón de estuco como sugiere Ballesteros, debe haber sido un pendiente de jade esculpido en ambas caras. Por la descripción, el motivo principal es el elemento cruciforme que conocemos de los tableros de la Cruz y Cruz Foliada, así como de la lápida sepulcral en la tumba del Templo de las Inscripciones. En cuanto al árbol de ramas cortadas, es obvio que no se trata, como orgulloso y feliz lo explica José Miguel de San Juan a su amigo Felipe de Sesma, de “el Geroglífico que expresa la Nación Cartaginense”, y que el pájaro que lo remata (seguramente el quetzal como en los citados tableros), no simboliza “la Navegación”.

Respecto de los comentarios con que Ballesteros presenta los supuestos “nuevos papeles”, es preciso decir algunas palabras. Al refe-



rirse a la curiosidad y al interés que despertaron “Palenque y las ruinas mayas del Yucatán” (términos injustamente taxativos, ya que excluyen grandes regiones de suma importancia en las que se desarrolló la civilización maya), Ballesteros manifiesta que desde la publicación en 1822 del informe de Antonio del Río esta curiosidad no se interrumpe, y que “Dupaix, Kingsborough, Stephens, Maudslay, Sejourné, etcétera, etcétera, son el largo rosario de nombres que esmaltan la historia de este interés”. Podrían agregarse en lugar de los anónimos, etcétera, nombres como Waldeck, Caddy, Charnay, Brasseur de Bourbourg, Maler, Seler, Edward Thompson, Holmes, Saville, Förstemann, para citar sólo a los principales investigadores del siglo XIX que se interesaron por Palenque.

En cuanto a lo que va de nuestro siglo, como dice Ballesteros “no hemos faltado los que nos preocupamos por este mismo asunto”, pero es lástima que se limite a citar sólo tres nombres: Ballesteros, Castañeda Paganini, y la señorita Rosario Alonso Sáenz de Miera, alumno del propio Ballesteros.

Es cierto que al hacer tan breve enumeración de investigadores que en el siglo XX dedicaron poco o mucho de su interés a Palenque, precisa “especialmente desde el ángulo de la averiguación de los primeros pasos de la arqueología centro-americana”, pero nos parece que al largo rosario de Ballesteros le faltan muchas cuentas, y que deben ser recordados los principales de nuestro siglo, como Morley, Blom, Beyer y Eric Thompson, así como las exploraciones que desde hace unos veinte años viene realizando en Palenque el gobierno de México a través del Instituto Nacional de Antropología e Historia.

Los descubrimientos hechos en Palenque por Fernández, las investigaciones epigráficas de Berlín, los hallazgos logrados y los datos adquiridos en los últimos diez años por las comisiones de arqueólogos y artistas que dirigió el que escribe, no pueden ignorarse al hablar de la historia del interés suscitado por la vieja ciudad maya, ya que superan en importancia a los del siglo y medio que precedió.

Al publicar los documentos comentados por Ballesteros, el Instituto de Historia de la Universidad Nacional Autónoma de México pone al alcance de los estudiosos unos documentos escasamente conocidos y nunca publicados, que si bien no nos suministran nuevos datos para el esclarecimiento de las viejas culturas autóctonas, nos



ilustran sobre el interés que sintieron hacia esas culturas algunas eruditas figuras de las postrimerías de la Colonia.

Para esta publicación se utilizaron copias fotostáticas de los documentos que se conservan en la Biblioteca del Museo Británico, respetando la foliación, la extensión de las líneas, la ortografía y las abreviaturas. En cuanto a estas últimas, sólo en algunos casos se restablecieron entre paréntesis las letras faltantes, cuando lo pedía la comprensión del texto.

Al final de esta publicación se añade la relación de los documentos que componen el legajo número 16 del manuscrito 17571 de la Biblioteca del Museo Británico en que se hallan las cartas que se presentan en este trabajo.

ALBERTO RUZ LHUILLIER



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS